

DANIEL INNERARITY, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Paidós, Barcelona, 2009. 221 páginas.

El tiempo es una categoría transversal y profunda con implicaciones múltiples en ámbitos plurales; y obras como ésta nos desvelan su carácter axial. El filósofo Daniel Innerarity realiza en *El futuro y sus enemigos* una reflexión justa y ponderada sobre el futuro en la política contemporánea, lo que lejos de resultar sencillo se nos antoja incluso arriesgado, si bien sale indemne de tan intrincada reflexión por ser su trabajo exhaustivo y humilde. *El futuro y sus enemigos* remite a una estrategia de la acción política sustentada en el tiempo como categoría esencial. Como el propio autor dice en la exposición de sus objetivos:

Este libro trata de contribuir a una nueva teoría del tiempo social en uno de sus aspectos más importantes —cómo se relaciona la sociedad con su futuro, cómo se anticipa, cómo se decide y configura— extrayendo de esta perspectiva una serie de lecciones que puedan ayudar a una renovación de nuestro modo de entender y llevar a cabo la política (p. 13).

El panteón griego nos permite reconocer a dos grandes titanes: Cronos y Atlantes; el primero cuida las cosechas y el segundo es el encargado de sostener el globo terráqueo,

representando cada uno el tiempo y el espacio, respectivamente. Ambos se han disputado el protagonismo en interesantes debates teóricos para la Ciencia Política, y en esta ocasión nuestro autor se inclina por Cronos: “la disposición sobre el espacio es sustituida por el control del tiempo; la cronopolítica resulta más importante que la geoestrategia” (p. 136). Este posicionamiento no es baladí; requiere de un fuerte compromiso teórico que se resuelve con solvencia ampliando o transformando algunos de los conceptos tópicos de la filosofía política.

La ética¹ ejerce una función nuclear en este compromiso al convertirse en una “ética del futuro” (p. 34) que impone una responsabilidad y justicia proyectadas hacia el porvenir. Esa ética, consciente de la interdependencia generacional, exige “que el modelo del contrato social que regula únicamente las obligaciones entre los contemporáneos ha de ampliarse hacia los sujetos futuros respecto de los cuales nos encontramos en una completa asimetría” (p. 33). Hacia el futuro se traslada nuestra responsabilidad, momento en el que nos juzgarán, por lo que debemos articular una nueva noción del principio de representación lo suficientemente amplia como para encarnar los intereses de generaciones futuras. Se trata de una teoría política de la presencia²

¹ Sorprende especialmente la transformación de este concepto. Su etimología está vinculada a la geografía, pues *ethos* significaba “residencia”, “morada” y se usaba para indicar dónde vivían, primero, los animales, más tarde, los pueblos y los hombres. Ver José Luis ARANGUREN, *Ética*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1997, pp. 21-22.

² Tomamos el concepto de la obra de A. PHILLIPS, *The Politics of Presence* (1967) citada en: Elena GARCÍA GUTIÁN, “Crisis de la representación política: las exigencias de la política de la presencia”: *Revista de Estudios Políticos*, n.º 111 (2001), pp. 218-220.

en la que a la representación de intereses, opiniones y experiencias presentes se añaden, con carácter hipotético, intereses, opiniones y experiencias futuribles. En definitiva, nuestra obligación es mantener la libertad en el futuro, articulando su compleja representación. Desde aquí se afronta una posición de compromiso que nos emplaza al cuidado de nuestros entornos más frágiles como la naturaleza, pero también a la ineludible alteración del futuro construido sobre nuestras acciones. Por ello se plantea, con acierto, que nuestra acción presente deberá buscar legitimación en el futuro (p. 37). Es decir, aunque ausentes, estaremos representados en el futuro por su configuración y esta representación deberá ser legítima ante las próximas generaciones. Pasado y futuro se unen por ser precisamente tiempo continuado o recíproco. La lección fundamental de esta obra, con un marco teórico preciso y sugerente, es añadir reflexividad ética a nuestra acción y entender nuestra responsabilidad.

Innerarity intenta salvar la actual “debilitación del sentido de responsabilidad” (p. 113) en un mundo interconectado donde las causas e imputaciones son difíciles de concretar (p. 122) defendiendo una “responsabilidad integral” (p. 123) que incluye las omisiones y los efectos no pretendidos. En esta teoría de la responsabilidad la auténtica visión positiva y no incriminatoria está en querer una evolución política que genere “infraestructuras en la gestión de riesgos colectivos, la disminución de la incertidumbre y la generación de confianza colectiva mediante procedimientos de supervisión y en posibilitar la construcción cooperativa del bien común” (p. 125). El filósofo trata de romper así con una responsabilidad retrospec-

tiva y proponer una responsabilidad prospectiva, de anticipación, prevención y configuración” (p. 126).

Si el futuro es el referente temporal fundamental de esta obra no lo es menos el presente, pero ¿qué ocurre con el pasado? En primer lugar, el pasado se analiza como el presente visto desde el futuro, de lo cual se desprenden responsabilidades. Pero el pasado puede ser también óbice para el avance, una “obsesión con la memoria y las diversas modalidades de relación histórica con el pasado” (p. 183). Ambas posiciones nos advierten que la sociedad se “moviliza menos por proyectos de futuro que por la agitación del pasado” (p. 183). Queda aquí un problema irresuelto en la obra: ¿cómo lidiamos con las responsabilidades del pasado en la configuración del presente? Quizá el autor no adopte una postura bifronte, como la del dios Jano, y el pasado no aparezca intencionadamente como referente principal pues “en la sociedad contemporánea las experiencias del pasado valen cada vez menos a la hora de servir como indicación para la acción futura” (p. 68).

Para Innerarity “no es que estemos en un tiempo crítico, sino que el tiempo mismo está en crisis” (p. 45). Este síntoma es propio de una sociedad que mantiene una relación enfermiza con el tiempo. Podemos vincular esta relación doliente a una intelección esquizofrénica de la noción de tiempo que produce disociaciones específicas de las funciones sociales y personales en el sistema social. Quizá alucinemos con un futuro tremeundo o un porvenir espléndido por el deterioro de nuestro funcionamiento cognoscitivo al tratar con la categoría temporal. El autor descubre síntomas de esta “enfermedad”, por ejemplo

en la cultura de la urgencia (pp. 51-56) o la falsa movilidad (pp. 57-61). La cultura de la urgencia es la enfermedad de lo inmediato, la omnipresencia del tiempo corto (p. 54) y la costumbre a la reacción. Esta cultura se presenta como una etopeya precisa de nuestras instituciones políticas y nuestros comportamientos individuales y provoca la emergencia de una política de la reacción que “pierde así su función de actor configurador y adopta el estatuto de jugador reactivo o reparador de daños” (p. 84). La urgencia, consecuencia de la contingencia y de la dificultad de configurar y anticipar en sociedades dinámicas, tiene un efecto psicológico adicional en la ciudadanía: la desafección por la política. Por su parte, la falsa movilidad es el diagnóstico de supervivencia de la dinámica pero, al mismo tiempo, el acta de defunción del finalismo. Nuestra época es una incesante consecución de cambios pero con ausencia de destino en la que “nada permanece pero tampoco cambia nada esencial” (p. 49) o, en la hermosa formulación en la pluma de Horacio, “quienes surcan la mar mudan de cielo, no de alma”³.

Que en el año 2002 Innerarity publica *La transformación de la política*⁴ nos permite presumir una incertidumbre intelectual hacia la necesidad de adaptar la política a nuevos escenarios. La transformación política que el filósofo presenta en

esta ocasión se asienta en la creencia de que el mundo está desincronizado y el sistema político es incapaz de coordinarlo. Vivimos un mundo con distintas velocidades que penaliza a los lentos, y las ralentizaciones impuestas a la política ante la presteza de la economía, la ciencia o la técnica hacen de la política una rémora con anacronismos en sus decisiones (p. 142). Aquello que queda fuera del tiempo político se convierte en una arritmia social y supone un espacio despolitizado (p. 149). La cronopolítica politizará sincronizando. Frente a la metáfora espacial del timón que gobierna la nave del Estado —*kibernetes*— o la del relojero, que supondría una unificación autoritaria de los tiempos, emerge la figura del director de orquesta⁵. Esta metáfora cumpliría con la definición que Innerarity ofrece de gobernar: “permitir la coordinación temporal entre multitud de sujetos, sistemas, sociedades y culturas que viven en un tiempo plural” (p. 145).

Uno de los momentos más excitantes de la obra es su descripción de la “sociedad postheroica”. El presente impone “tantas limitaciones para la acción política que la figura del héroe...ha sido o debe de ser cuanto antes amortizada” (p. 154). Esta afirmación encierra una verdad dolorosa e invoca un vacío perturbador, suponiendo un daño extraordinario a la política y sus

³ “Caelum non animum mutant qui trans mare currunt”, Cartas I, 11, 27; citado en: C. P. CAVAFIS, *Antología poética*, ed. de Pedro Bádenas, Alianza Editorial, Madrid, 2006, p. 27.

⁴ Al respecto puede leerse la crítica de Sara MATEOS en: *Foro Interno*, n.º 3 (2003), pp. 155-157.

⁵ Ernst Jünger plantea que la perfección en la medición del tiempo fue un progreso importante del Estado en la Antigüedad (sobre todo en las formas políticas que algunos autores han denominado como teocracias de regularidad) al permitir el desarrollo de los sistemas de regadío. Esto nos permite enlazar con la política y la función sincronizadora aquí aludida. ERNST JÜNGER, *El libro del reloj de arena*, Argos Vergara, Barcelona, 1985, pp. 29-30.

instituciones, especialmente al Estado; afirmación que, por lo demás, sintoniza con la opinión común que identifica formas políticas débiles y ante la cual cabe preguntarse hacia dónde se traslada el *locus* del poder y cómo congenia con la ciudadanía. Si la primera pregunta queda irresuelta en esta obra, la segunda intenta contestarse evidenciando comportamientos patológicos como la desconfianza, la desafección o la movilización ciudadana negativa. Desde este momento Innerarity, para no asentarse en mimbres de caos y anarquía, da propuestas razonables, valientes pero difíciles y ambiguas, intentando prescribir un nuevo discurso político basado en la intelección de una política no-heroica y en la práctica de una política no suficiente que requiere cooperación y relaciones, y no se asienta sobre la idea de la jerarquía y el control (p. 178). Este último aspecto vuelve sobre alguno de los tópicos más recurrentes de la última Ciencia Política: la gobernanza. Respecto al discurso político prescrito recomienda rebajar el nivel esencialista, amortajar el recurso ideológico y ético, entender que la política “debe pasar de un estilo normativo a otro cognitivo” (p. 174). Podríamos apreciar una profesión por la democracia consensual que despolitiza, al gusto de Ulrich Beck o Anthony Giddens, reivindicando una democracia no partidista⁶. Sin embargo,

Innerarity realiza un esfuerzo al recomendar por ejemplo a la izquierda abandonar su excesiva negatividad hacia el mercado y la globalización (pp. 194-195), que nos hacen suponer una necesaria existencia de la división izquierda-derecha, salvo que entendamos que estos matices unifican sus extremos.

La enseñanza esencial del libro es que el futuro es una realidad problemática pero determinante. Sabemos que no sólo es importante lo que recordamos sino también lo que olvidamos, ambos son mecanismos de integridad psicológica. *El futuro y sus enemigos* nos enseña que olvidar el futuro e instalarnos en el presente evitando que la comodidad del ahora se distorsione es arriesgado; pero también señala el riesgo de olvidar que el futuro no es manejable y que las proyecciones hacia adelante como bálsamo a nuestras incertidumbres diabólicas (*dia-balleim*) son un canalizador de tranquilidades momentáneas. Innerarity acierta al escribir que “la responsabilidad por el futuro, en cambio, podría volver a tensar la existencia humana” (p. 190), una tensión apremiante y necesaria, que puede ser reconducida no hacia la dispersión sino hacia la integración de un buen futuro si se siguen algunas de las recomendaciones de esta obra.

JAVIER VEGA GÓMEZ

⁶ Un buen análisis crítico y teórico de esta democracia consensual puede encontrarse en: Chantal MOUFFE, “Política Agonística en un mundo multipolar”: *Documentos CIDOB, Serie Dinámicas interculturales*, n.º 15 (2010). Consultado en: http://www.cidob.org/es/publicaciones/documentos_cidob/dinamicas_interculturales/num_15_politica_agonistica_en_un_mundo_multipolar (06/06/2010).